



El fantasma. De la narrativa a la experiencia poética

CARMEN VILLOORO*

Dónde

*¿A dónde habrán ido mis juguetes
los de la cuerda rota por la lluvia?
¿Vivirán
en el fondo del mar como naufragios
en el fondo del cielo
cual luceros de vidrio
en el fondo del río como cangrejos verdes
en el fondo del fuego
cual ceniza de espanto?
¿O en el fondo de mí
como fantasmas?*

VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ

En *El poeta y los sueños diurnos*, a propósito de la fantasía, Freud hace una precisión conceptual muy importante: “Lo opuesto al juego de los niños no es la gravedad, sino la realidad”. Con esta aseveración le otorga un estatuto de seriedad y profundidad al juego, que se extenderá en la vida adulta a la actividad creativa. Así como el niño se toma muy en serio su juego, el adulto encontrará en la fantasía un recurso para resguardar la salud mental. Dice Freud: “Acaso sea lícito afirmar que todo niño que juega se conduce como un poeta, creándose un mundo propio, o, más exactamente, situando las cosas de su mundo en un orden nuevo, grato para él” (Freud, 1907). La fantasía de la que habla Freud en este ensayo es aquella que el psiquismo se permite como ensueño consciente, y que sigue los senderos de la imaginación, dando lugar al juego y después a las creaciones literarias. El vocablo alemán *phantasieren*, en el ensayo que nos ocupa, designa, en sentido amplio, todo lo relacionado con la actividad imaginativa. De hecho, Freud utiliza con frecuencia en este artículo la palabra *tagtraum*, que literalmente significa “sueño diurno”. En cambio, en *La interpretación de los sueños*,

*Carmen Villoro
Poeta. Psicoanalista
titular en función
didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara.
Presidente de la APG.

carmenvilloro@yahoo.
com.mx



libro escrito con anterioridad a este artículo, el creador del psicoanálisis habla de otras fantasías, aquellas de orden inconsciente, que se revelan, disfrazadas, en las imágenes oníricas (Freud, 1900); la fantasía pasa a ser, junto con los recuerdos infantiles olvidados, un retoño de lo reprimido, un signo de otra cosa que no vemos, la presencia de una ausencia (“en el fondo del mar como naufragios”, diría el poeta Víctor Rodríguez Núñez), una metáfora plástica o literaria.

Melanie Klein, por su parte, les otorga un lugar prominente a las fantasías inconscientes, explicándolas como representantes psíquicos de los instintos primarios (Klein, 1928). Los kleinianos distinguieron con una consonante la *fantasy* consciente (elaborada) de la *phantasy* inconsciente, formada con imágenes crudas y arcaicas, muchas veces terroríficas (“en el fondo del fuego, cual ceniza de espanto”).

Es Winnicott quien otorga a la fantasía el carácter de ambiente con atributos no sólo visuales sino auditivos, táctiles, olfativos, gustativos y cinestésicos. Este autor entiende la fantasía como “espacio transicional”, como

(...) la tercera parte de la vida de un ser humano, una parte de la cual no podemos hacer caso omiso, es una zona intermedia de experiencia a la cual contribuyen la realidad interior y la vida exterior. Se trata de una zona que no es objeto de desafío alguno, porque no se le presentan exigencias, salvo la de que exista como lugar de descanso para un individuo dedicado a la perpetua tarea humana de mantener

separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interna y la exterior... Estudio, pues, la sustancia de la ilusión (Winnicott, 1971).

Bajo esta perspectiva, la fantasía se convierte en esa reserva ambiental donde las gacelas pulsionales tienen dónde correr y los flamencos de la imaginación pueden volar con libertad. La fantasía, y con ella el juego y el arte, adquieren, desde la visión del psicoanalista inglés, la cualidad de mundo habitable, albergue para la mente peregrina. La fantasía así experimentada se encarna como experiencia poética, encuentro íntimo de la unidad en la diversidad.

Vayamos ahora a la palabra “fantasma”. La traducción de la palabra francesa *fantasme* al español cambió la palabra “fantasía” por la de “fantasma”. En muchas traducciones de libros de autores psicoanalíticos franceses al castellano, aparece el vocablo que adquiere, quíeráse o no, una tonalidad siniestra o por lo menos misteriosa. En español, el fantasma es un ente sin cuerpo, una aparición que nos sorprende e infunde temor. Tal es la cualidad que detentan esos fantasmas descritos por Abraham y Torok: como personajes transgeneracionales que hacen su aparición en el presente de una vida cualquiera, alterando su relato consciente y su destino (“en el fondo del río como cangrejos verdes”).

La palabra “fantasma” es literaria. También en las teorizaciones de Lacan, bajo el nombre de “fantasma fundamental”, toma el carácter ya no de personaje, sino de guion literario que describe una escena donde el sujeto toma un lugar



desde el deseo del otro; trama inconsciente que llevamos como un libreto de bolsillo y que nos confiere el goce de un amuleto para la mala suerte (“¿O en el fondo de mí / como fantasmas?”, se pregunta el poeta).

Más allá de las precisiones del lenguaje y el deleite que esto proporciona, el interés de todo psicoanalista es: ¿cómo llevar estas nociones a la práctica?, ¿cómo incidir con ellas en el psiquismo de nuestros pacientes? Hacemos eco aquí con la pregunta que se hace el poeta Octavio Paz en la introducción a su libro *El arco y la lira*: “¿No sería mejor transformar la vida en poesía que hacer poesía con la vida?” (Paz, 1956). El acercamiento que hace Freud al concepto de “fantasía” como sueño diurno le da al ser humano un boleto de acceso a un *mundo otro*, creado por él para la satisfacción de sus deseos, siempre y cuando este viaje sea manejado por la conciencia (después le adjudicará esta función al Yo). Ya sea que se trate del constructo infantil de un mundo paralelo, del ensueño diurno cotidiano sin pretensiones estéticas; o bien, de una elaboración hasta la exquisitez en la literatura, la fantasía. Desde esta concepción, permite al ser humano ampliar su mundo interno y transformarlo sólo de manera temporal e insuficiente, como quien va al cine a ver una película y después regresa a la difícil realidad. Hasta aquí podemos hablar, en términos literarios, de una narrativa lineal.

En la concepción freudiana de la fantasía inconsciente, después retomada por Klein de manera sustancial y sustanciosa, la *phantasy* abre nuevos caminos de comprensión de las profundidades

del alma humana. El trabajo psicoanalítico se vuelve surrealista y loco, en el mejor de los sentidos, y su narrativa abreva en las fuentes enigmáticas de la representación-cosa, para sólo en un segundo momento ser trasladada al proceso secundario del pensamiento. Esta manera de pensar el psiquismo, junto a nociones tan importantes como la transferencia, construye la posibilidad de la cura por la palabra. Narrativa y poesía se imbrican, se confunden, se funden. La propuesta conceptual de Winnicott sobre el espacio transicional, después enriquecida por la idea de Bion de *reverie*, proporciona al analista herramientas de efectiva y profunda transformación. Entramos de lleno a la experiencia poética.

Cuando Lacan propone, para liberarnos de nuestro maleficio edípico, ingresar al territorio de lo simbólico dejando atrás el plano de lo imaginario, nos está proponiendo también, en palabras literarias, dejar atrás la *narrativa* e ingresar a la *experiencia poética*. La noción lacaniana de “fantasma fundamental” nos adentra en el universo del mito, que es poesía colectiva, pero que en Lacan se trata de una poesía colectiva internalizada como propia, subjetivizada hasta lo inconsciente y que otorga tanto una posición como también un goce. Desde esta perspectiva, su invitación a “atravesar el fantasma” es una liberación de la sujeción del sujeto al mito infantil. Como dice Oscar Paulucci refiriéndose al paciente: “Sólo la modificación de la posición subjetiva en el fantasma le permitirá otros modos de satisfacción con acotamiento del goce y la apertura a otras formas de escenificar la realidad” (Paulucci, 2005). Es muy importante subrayar el



uso que hace Lacan del sujeto gramatical, es decir, del que ejecuta la acción, primera persona de la que ha de apoderarse el paciente a través de su encuentro con el psicoanalista. En la historia del psicoanálisis, el camino que va de la narrativa a la experiencia poética, ya sea en forma de poema vital o mito nuevo, busca y logra ese encuentro, aunque sea por un instante, del sujeto con su propia vida, esa humilde y efímera libertad que todos anhelamos.

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1907).** "El poeta y los sueños diurnos". En: *Obras Completas*. Tomo II. Biblioteca Nueva: España (1973).
- _____(1900). "La interpretación de los sueños". En: *Obras Completas*. Tomo II. Biblioteca Nueva: España (1973).
- Klein, M. (1928).** "Estadios tempranos del conflicto edípico". En: *Obras Completas*. Tomo I. Paidós: España (1990).
- Lacan, J. (1985).** "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En: *Escritos 1*. Siglo XXI: Argentina.
- Paulucci, O. (2005).** "De la fantasía en Freud al fantasma en Lacan". En: *Revista de Psicoanálisis* (núm. 62). Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Paz, O. (1956).** *El arco y la lira*. Fondo de Cultura Económica: Colombia (1998).
- Rodríguez, V. (1982).** Poema "¿Dónde?". En: *Con raro olor a mundo*, revista *Alforja*, México (1998).
- Winnicott, D. (1971).** *Realidad y Juego*. Gedisa: España (1999).